

SI LEVANTARA LOS OJOS

Clarita dejó su muñeca de trapo encima de la alfombra y corrió hacia el cuarto luminoso para oír cantar a su madre. Todos los vecinos decían que cantaba como los ángeles. Sin embargo, la niña no podía decir lo mismo porque nunca había tenido la suerte de escuchar a ningún ser alado. Los cric-cras, cric-cras, cric-cras de la vieja máquina de coser cuya aguja se movía por el impulso de sus pies hacían de música de fondo. La aguja iba formando cenefas geométricas, pájaros, flores, estrellas, corazones, payasos para los niños, iniciales de nombres y de apellidos,... Cenefas variadas, muy variadas, serias y muy coloreadas. La madre movía con sus manos ágiles la tela y creaba con suma maestría todo lo que sus clientes le encargaban.

La luz del sol entraba por los amplios ventanales consiguiendo que aquel cuarto fuese un taller cálido y acogedor. Además, una de las costumbres de Pilar era ir colocando sus trabajos como si fuesen tapices. En realidad, para Clarita no había otro lugar en la casa en el que se sintiese más a gusto. Allí gozaba de los cantos, de los bordados, del sol y ante todo de la compañía de su madre.

*-Madre, ¿ya no canta? He venido desde mi habitación para escucharla. Siga, siga. Al oír su voz se me llena el cuerpo de ángeles. Vaya, que parece que floto en el cielo –*Expresó la niña.

*-Hija, si tú me pides que cante ¿cómo no voy a hacerlo? –*Respondió la madre de Clarita, al tiempo que balanceaba sus pies con ritmo para que la aguja de aquella vieja maquina Singer fuese trabajando. *A ver, ¿qué puedo cantarte? Bueno voy a inventar una canción para ti sobre la marcha.*

*“ Mi niña, mi pequeña lucecita,
quiero que siendo mujer,
a las cimas altas llegues,
que nada te acobarde en la vida
y que luches por ti y por otras,
por todas las mujeres, nenita ”*

- Pero madre, cuando me pide que luche ¿qué quiere decirme? ¿Que cuando crezca un poco más salga a la calle a pegarme con los hombres? ¿Que hable con los gobernantes? Bufff, pues el horno no está para bollos. Todos los españoles estamos muy tristes porque hemos perdido Cuba.

- No, hija, no. No te pido violencia, pero sí que luches por la igualdad. Estamos a finales del siglo XIX, y las mujeres no podemos asomar la cabeza si no es en la iglesia. Es Injusta esta vida que nos hace a la mayoría de las mujeres merecedoras de las tareas domésticas. Y no lo digo por mí, que no me importa nada estar todo el día metida en casa pues me gusta planchar, fregar, guisar, coser,

bordar,...Pero hay mujeres de muy buenas cabezas, igual que las de los hombres, que no se les deja aflorar. De ti, hija, la maestra de la escuela me repite que eres muy aplicada, ágil en respuesta, viva como una ardilla y responsable. Y por eso te pido que, cuando seas más mayor, vayas abriendo caminos por los que puedan comenzar a andar las mujeres. Poco a poco las sendas se irán ensanchando y se irán limpiando de espinos.

- Bueno, madre, todavía me queda tiempo. Soy una niña. Dentro de unos días va a comenzar el siglo XX y yo hasta el doce de febrero no cumpliré los doce años. A lo mejor en este siglo que va a comenzar... a lo mejor las mujeres empezamos a... a ocupar puestos de trabajo dignos como los hombres. ¿Por qué no madre? ¿Sabe lo que pienso? Que usted es muy imaginativa. Ahora acaba de inventar una canción preciosa; preciosa, preciosa, con rima como la poesía. ¡Ay si Antonio Machado la oyera! Si la oyera diría o al menos pensaría que hay muchos talentos escondidos dentro de las casas. Siga, siga, madre, al tiempo que va cosiendo, siga cantando.

"Mi niña, mi pequeña princesa,
que el siglo XX nos traiga de regalo
la igualdad rodeada de un verde halo,
del color de la ansiada esperanza,
igualdad duradera y de firme promesa."

-¡Qué bonita es su canción! Podría comenzar de nuevo para ver si entiendo bien la letra – Solicitó la niña con vehemente deseo.

-Pero ¿cómo voy a repetirla si te he dicho al principio que la iba a ir inventando? Pero bueno, en resumen lo que quiero decir es que aunque Dios creara a Eva de una costilla de Adán, la cabeza es la cabeza y la igualdad debe reinar. Y venga, acércame enseguida esa servilleta que tengo que acabar de bordar uno de los pájaros y hoy debo entregar la mantelería.

La niña obedeció. El pájaro más pequeño aún no tenía bordadas las alas.

-Ve, madre, así estamos las mujeres, sin alas para volar. ¿Ve este otro pájaro qué alas tan grandiosas tiene? Seguro que es macho.

-Tienes razón, Clarita. Así es la vida misma.

Cris-cras, cris-cras, cris-cras. De nuevo, el silencio se llenó del ruido del pedaleo de la vieja máquina de coser. Los cris-cras, cris-cras, cris-cras impulsaban la aguja para formar las alas, y con ellas, la esperanza en Pilar de que el día de mañana su hija volara. ¿Y de qué se llenaba el pensamiento de Clara Campoamor? De la idea de que todos los pájaros debían tener alas: gorriones, gorrionas, jilgueros, jilgueras, colirrojos, colirrojas,... Nadie tenía derecho a cortarlas ni a atarlas.

Clara fue creciendo en ese ambiente familiar; un ambiente humilde, humano y para nada politizado: de comprensión y de respeto hacia los valores humanos independientemente del sexo.

Conforme su mente iba madurando, sus reflexiones eran cada vez más profundas y a un buen montón de preguntas no era capaz de encontrar respuesta: ¿Por qué existe la desigualdad social entre hombres y mujeres? ¿Por qué la mujer no tiene los mismos derechos? ¿Acaso el respeto no es inherente a la condición humana? ¿Quién puede entender que una mujer pueda ser reina y no electora? ¿De qué se acusa a la mujer para negarle el voto? ¿De ignorancia? ¿De incapacidad mental femenina?,... Y luchó. Luchó lo increíble durante toda su vida en honor a aquellas letras de canciones improvisadas por su madre y pensando en la pajarita sin alas bordadas.

Clara consiguió mucho hasta su exilio: el voto de la mujer en 1933, el respecto a la dignidad humana, alas para volar, palabras en bocas de mujeres para hablar en público,... Y éste fue el comienzo del largo derecho de acercar la igualdad deseada.

El tiempo corre veloz. Su paso es inexorable y va convirtiendo en pasado todo lo que encuentra a su paso: los nuevos días, los años, las décadas, los siglos, ideales, mentalidades, tendencias, las luchas de algunas personas por alguna causa,... Pero esos pasados los resucita la historia que tiene la capacidad de pasar páginas hacia atrás.

Hoy, un día cualquiera de comienzos del calendario de 2013, otra Clara, -que su apellido no es Campoamor, acude al trabajo. Antes de salir de casa ha tenido que preparar la ropa de su marido y de sus dos hijos, hacer las camas, preparar los desayunos, poner la lavadora. Su marido considera que el concepto de la paridad en casa es "una parida". Es una persona comodona que espera que le sirvan todo en bandeja. Y éste es el motivo por el que Clara siempre va con agua al cuello, sin un minuto que le sobre. Pero camino del trabajo va alegre, canturreando, cruzando las calles con la silueta del peatón en verde parpadeante, sorteando coches para no llegar tarde a la oficina. Reconoce que es una privilegiada frente a los cinco millones de personas en paro. Piensa, y más en estos momentos de crisis, que hay que cumplir para conservar el trabajo; casi mimarlo, como al amor. Por ello, actúa en consecuencia. De los cuatro empleados de la oficina de seguros, ella es la única mujer. Clara es la número uno en puntualidad, antigüedad, responsabilidad, interés,... Sin embargo, ella es la última en categoría laboral, libertades, salario, atribuciones,... Clara, de apellido Fernández, a pesar de sus quince años en la empresa, sigue cobrando una nómina con categoría de Administrativa. Sus compañeros o bien entraron con otra categoría laboral o al poco tiempo de empezar a trabajar ascendieron. Allí está el Oficial Informático que se pasa el día hurgando en Internet o incluso realizando en horario de trabajo alguna actividad personal; o el Encargado de Contratación que lo que hace es mantener palabras cordiales con los clientes, y luego, mediante notas, le pasa el trabajo a Clara; o el Oficial Primera que todas las mañanas sale a la calle a tomarse el cortado y a leer el periódico sin escatimar el tiempo. Sin embargo, Clara, pese a su buen hacer, es la que menos gana y la que carece de atribuciones. ¿Cómo se puede comer esto? Y si se come ¿cómo digerirlo? La verdad es que puede producir empacho por

impotencia. En las empresas privadas aún quedan muchas irregularidades e injusticias como la de Clara.

En el pasado, la situación de desigualdad le producía nervios y desvelos. Ahora no es que esté inmunizada pero pensar que tenía dos alternativas le ayudó a tranquilizarse: o seguir con la rabia y la angustia en cuyo caso seguiría mortificándose, o pensar que debía mantener la calma y que lo importante era conservar ese trabajo para tener un sueldo a final de mes. Optó por hacerse fuerte y alejar de sí los tranquilizantes y la psicoterapia. No obstante, buscó hablar con su jefe, un Corredor de Seguros que mantiene abiertas cuatro Corredurías en la ciudad y que acude a cada una de ellas a salto de mata, pues está metido en otros negocios. El diálogo que mantuvieron fue corto, pero muy condensado:

-Mire, don Alfonso, quería preguntarle por qué mi sueldo es el más bajo siendo la más antigua en el trabajo.

-Pero, por favor, Clara, qué pregunta más absurda me haces. No te das cuenta que en estos tiempos tan difíciles para todos muchísimas mujeres querrían ocupar tu puesto. –Le respondió el jefe, sin perder de vista el escote de su empleada.

Clara, al darse cuenta de su mirada lasciva, se cubrió sin nada de disimulo, haciéndole ver de que se estaba dando cuenta.

-Pero vamos a ver, Clara, – retomó la palabra don Alfonso – en estos momentos tan complicados ¿cómo se te ocurre decirme esto? Tú que llevas la contabilidad en esta oficina, saca un Balance de Pérdidas y Ganancias. Venga, venga, sácalo delante de mí y después hablamos ¿vale?

Clara obedeció. Ni qué decir tiene que sabía de sobras cual era la situación. Los números rojos se habían comido incluso la cuenta de crédito. La empleada se preguntaba cómo no era capaz de darse cuenta el jefe que ella con su humilde nómina trabajaba como los tres compañeros juntos. Los clientes iban disminuyendo y anulando pólizas, pero a un ritmo más agigantado disminuían las ganas de luchar y de trabajar en su equipo. No podía decir nada, no está bien visto ser acusadora de compañeros, pero esa situación le hacía hervir la sangre a borbotones.

-Tenga. Aquí tiene el extracto del balance.

-Con estos números ¿cómo voy a aumentarte el sueldo? Es más, la semana pasada iba a proponerte un asunto. Te das cuenta que debo reducir gastos ¿verdad? Desde mañana, voy a prescindir de la señora de la limpieza. En adelante quiero que te encargues tú de la limpieza, de vaciar las papeleras y de sacar las bolsas al contenedor de papeles. Claro está, dentro de tu horario laboral. Para estas labores ¡donde esté una mano femenina que se quiten mil de hombres!

Clara no respondió nada. Su mirada lamió el suelo y la desigualdad injusta le batió la sangre.

Si Clara Campoamor alzara la vista, seguro que pensaría que todavía quedan muchas sendas para la mujer con injusticias.